

ven. He hablado hasta aqui con Santo Thomás, y San Melchiades Papa, y Martyr, que así carean de comparacion estos dos admirables Sacramentos.

Las mugeres de Lacedemonia no se tenían por madres con haver dado à luz el hijo, si luego no lo criaban para Soldado. Tenían por la mayor honra el tener hijos en la guerra. Y por eso, apenas nacido, le ponían por cuna un broquel, y en un broquel metían à su infante, porque desde allí yá lo querían fortalecido à la Milicia, yá lo ponían armado à la batalla. Con esa alusion dixo el Poëta: *Reptasti per scuta puer.* ¡Oh, cuánto mejor Madre la Iglesia, no contenta con havernos dado la vida en el Bautismo, nos arma luego en la Confirmacion para la batalla, que es toda nuestra vida, para las peleas, que han de ser todos los días! *Cunctis diebus, quibus nunc milito.* Nos dió allí la espada; pero metida en la bayna: *Gladium spiritus*, la espada del espíritu, las armas de la Fé; pero de qué nos servirán en la bayna, sin tener valor para sacarla, sin tener fuerza para esgrimirla? Por eso en la Confirmacion nos dá este valor, y esa fuerza. Temistocles, Capitán Ateniese, solía decir, que no temía à Teutides, General de los Cretenses, porque aunque tenía espada para herir, no tenía corazon, ni valor para desembaynar. Pues lo mismo pueden decir los demonios de un Cristiano aun no confirmado, que aunque tiene la cuchilla de la Fé, pero sin valor, sin brío para saberla desembaynar.

Ese es, pues, el poder admirable, esa la eficacia Divina del Sacramento de la Confirmacion, que hace, si no halla impedimento de culpa en el que le recibe, aquello mismo que hizo el Espíritu Santo el día de Pentecostés en los Santos Apóstoles. Todos ellos antes, ¡qué tomerosos! qué tibios! qué remisos! qué flacos! Este que niega, aquellos que dudan, todos que se retiran, y todos que se esconden de miedo, de temor, de susto. Baxa sobre ellos el Espíritu Santo: *Sedete in Civitate donec induamini virtute ex alto.* Y al punto, ¿qué sucede? Que todo el mundo con sus tyránias, que todo el infierno con sus huefles, yá les parece nada à su valor, al denuedo invencible con que salen predicando la verdadera Fé; sin que à hacerlos callar bastasen tormentos, cruces, cuchillos, muertes. Pues eso mismo, que allí visiblemente se les dió à los Apóstoles sin Sacramento, sino porque quiso darlo su Dueño Divino; eso es lo que à cada uno de nosotros se nos dá invisiblemente en virtud del Sacramento de la Confirmacion. ¿Eso mismo? Sí, que para cada uno, el día en que se confirma, es su día de Pentecostés, en que baxa sobre él el Espíritu Santo, que lo corrobora, lo alienta, lo fortalece, para que confesando públicamente la Fé, se oponga à los Hereges, resista á los Tyranos, desprecie los tormentos, sujete à los demonios. ¿Todo eso se nos dá? Sí; ¿pues cómo no hacemos lo que allí los Apóstoles? Cómo no sentimos en nosotros ese valor, y aliento santo, para confesarnos en todo Christianos? Cómo, antes, por el contrario,

parece que nos avergozamos de las santas acciones del Christianismo? Si tenemos esas armas, cómo nos vence, y nos hace huir, no digo tormentos, no digo muertes, sino una palabra, una chanza, un dicho, una rifa? Si tenemos esa cuchilla, cómo nada hacemos con ella?

Yo os lo diré: Aquel prodigioso Capitán Jorge Castrioto, à quien los Turcos llamaron Scandarbey, era de tan estupenda fuerza, que de un golpe de su alfange hendía por medio à un hombre, aun armado de forado morrión de acero, lo partía à un impulso por medio, como si fuera un nabo. Pasmó tanto à los Turcos este prodigio, viendo en los suyos el estrago, que el Gran Turco le envió à pedir al Capitán Christiano, que le enviase su alfange, que deseaba vér, y admirar filos de temple tan prodioso. Enviólo al punto Castrioto, y haciéndolo el Turco empuñar al hombre de mas fuerza, puesto un morrión para hacer la prueba, no solo no lo hendía, pero apenas lo mellaba. Ea, que no es este su alfange, (dixeron) nos envió otro. No es, respondió Castrioto à los Embaxadores. No es sino el mismo que yo uso; pero decidle à vuestro Empeador, que aunque envié el mismo alfange, que con tanto estrago os admira, no pude enviar con él el mismo brazo que lo maneja. ¡Ah, oyentes míos! el mismo alfange del Espíritu Santo: *gladium spiritus*, que tuvieron los Apóstoles, que tuvieron los Martyres, y con que vencieron los tormentos, y la muerte, ese tenemos nosotros por el Sacramento de la Confirmacion; pero si el alma, embarazada de culpas, estorva la gracia de este Sacramento, si el brazo que lo hade manejar está débil, está paralizado entre los vicios, ¿qué importa tener un cuchillo tan poderoso? Es la Confirmacion Sacramento de vivos: quiero decir, que se debe recibir estando en gracia, y que será sacrilegio recibirlo en pecado mortal. Es su efecto principalísimo perfeccionarla como he dicho, y aumentarla; pero lo que no es blanco, cómo podrá hacerse mas blanco? Cortados los cabellos à Sansón, fue juguete de los Filisteos, el que antes era terror de los Exercitos.

Por esta perfeccion, pues, que dá el Sacramento de la Confirmacion, el Ministro ordinario de este Sacramento es solo el Obispo, y no los Sacerdotes, sino es que tengan especial potestad del Sumo Pontífice. Así, enseñado de los Santos Apóstoles, lo tiene firmemente la Iglesia en sus Sagrados Cánones, porque siendo este Sacramento la última perfeccion en el sér de Christiano, toca el darla à los Ministros mayores de la Iglesia. Así como en el Obrador de un Pintor los Oficiales todos bosquejan, meten colores, pintan ropages; pero el perfilar rostros, retocarlos, y ponerles la última mano, eso toca al Maestro. El Maestro es quien lo hace. En el edificio los Oficiales labran las paredes, acomodan las piedras, forman las bobedas; pero acabado, el ponerle la última perfeccion, ahí entra la mano del Maestro Mayor: *Per Baptismum*, dice Santo Thomás, *edificatur homo in domum spiritualem.* (D. Tb. 3. p. q. 72. art. 11.)

Por

Por el Bautismo se fabrica el hombre en Templo de Dios. Eso, pues, es ministerio de los Sacerdotes: *Per Confirmationem, quasi domus edificata, dedicatur in Templum Spiritus Sancti.* Pero por la Confirmacion este Templo, que yá estaba acabado en el Bautismo, con nueva hermosura, con cabal aliso, y perfeccion se consagra yá, y se dedica. Pues eso es proprio de Maestros mayores, que son los Obispos.

Yo confieso por último, que sin recibir el Sacramento de la Confirmacion qualquiera se puede salvar. Eso es decir, que no es necesario este Sacramento como medio. Es verdad: pero si el salvarnos ha de ser batallando, y peleando con tantos enemigos, y en pelear bien está nuestra corona: *Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit;* ¿cuánto será nuestro peligro de ser vencidos sin estas armas? *Omnino periculosum est* (dixo en este sentido Hugo Victorino) *si ab hac vita sine Confirmatione migrare contingeret.* Adelantó mas, que aunque alguno descuidara en toda su vida de recibir este Sacramento, no por eso pecaría mortalmente, sino es que lo dexara por Desprecio. De Novato, refiere Eusebio, que habiendo con soberbia despreciado el recibir el Sacramento de la Confirmacion, por eso se apoderó de él el demonio, y negando luego vilmente su Sacerdocio, y su Fé en los tormentos, se hizo tan perverso Herefiarca. (Euf. lib. 6. t. 35.) Por eso los antiguos Christianos buscaban tan ansiosos este Sacramento para amarse invencibles contra las batallas de los Tyranos. Por eso los antiguos Padres de la Iglesia la zelaron con tanta veneracion, como lo dirá este prodigiosísimo suceso, que refiere con otros Surio.

Gobernaba la Iglesia de Anjou en la Francia Lugdunense S. Maurilio, Prelado Santísimo, que tenía llena aquella tierra de sus prodigios, haciendo enfermos, librando endemoniados, resucitando muertos. Havia, pues, con sus oraciones conseguido de Dios à una muger estéril un hijo; pero estando éste en tiernos años, (Sur. 13. Sept. Stengel. de Divin. Judic. l. c. 34. n. 14. Dav. Cath. Hist. t. 3. tit. 1. de Conf. ex. 1.) vino con él llorosa à la Iglesia, pidiendo al Santo, que se lo confirmara, que estaba el muchacho yá para morir. Fue esto en ocasion que estaba S. Maurilio diciendo Misa, en que arrebatado de su fervor tanto se detuvo, que primero el niño acabó la vida, que el Santo Prelado la Misa. Quando yá lo halló muerto fue tal su dolor, tan inconsolables sus lágrimas, pareciéndole, que por su culpa havia privado aquella alma de la gracia de este Sacramento, que no le pareció que hacía debida penitencia, sino desterrándose por algun tiempo de su Obispado. ¡Oh, como escrupulizan los Santos, aun las que à los ojos de los hombres no parecen culpas! Salióse ocultamente Maurilio, y llegando à una playa de Breña, mientras havia embarcacion, gravó en una piedra su nombre, y la causa de su voluntario destierro. Embarcóse, y advirtió entonces, que se havia traído las llaves del Sagrario,

donde se guardaban las reliquias de los Santos en su Iglesia. Esto pensaba pensaroso con las llaves en las manos, quando el demonio, arrebatándofelas, las arrojó en el mar. Aqui redobló sus gemidos, e hizo voto de que no volvería à su Iglesia, hasta que aquellas llaves pareciesen. Llegaron à tierra, mudado el abito se acomodó à servir de Hortelano. Así pasaba Maurilio; pero sus oyejas, echando menos à su Santo Pastor, amonestados del Cielo, enviaron quatro hombres, que por todas partes lo buscaran. Salieron aquellos, y por espacio de siete años corrieron en su busca toda la Europa. No daban con él, hasta que llegados à aquel Puerto de Breña, quando menos esperaban, encontraron la piedra escrita. Leen el nombre de Maurilio, y su destierro, y alentados, vuelven à embarcarse, y à poca navegacion ven saltar un pez del mar en el Navio, y matandolo, hallan en su buche las llaves del Sagrario de Anjou. Algo más se consolaron. Profiguen su derrota, y llegados à tierra, alvergados en una casa de campo, oyen al Señor de ella decir, que llamen al Hortelano Maurilio. Los corazones les saltaban al oír este nombre. Venlo venir, y conocen à su Santo Pastor, y echados à sus pies con lágrimas le piden, que vuelva à su Iglesia. Atónito quedó Maurilio al verse conocido. Pero dioxoles como tenia hecho voto de no volver, hasta llevar las llaves, que havia perdido. Pues aqui están, le dicen, y le refieren el suceso. Conoció, que era voluntad de Dios, que se volviese, y así lo hizo. Pero aqui entra lo mas estupendo del prodigio. Llegando à su Iglesia, se fue derecho à la sepultura de aquel niño, que havia yá siete años que estaba enterrado, y puesto de rodillas, haciendo descubrir la sepultura, hizo oracion à Dios, y à vista de todos resucitó el muchacho. Lo confirmó, poniendole por nuevo nombre Renato, y vivió despues, y fue su sucesor en el Obispado, y obrador tambien de grandes milagros. No hay voces para celebrar tanto prodigio. No lo pudo resucitar luego; pues lo resucitó despues de siete años? Sí. Pero quiso así mostrarnos Dios cuánto debe estimarse el Sacramento de la Confirmacion. Quiso darnos à entender cuánto vale el aumento de la gracia que nos dá, para que podamos resucitar mejor al estado perseguido, à la confirmacion de la vida, que será en la Gloria.



PLATICA II.

DEL SAGRADO CHRISMA, MATERIA del Sacramento de la Confirmacion, y su significacion doctrinal.

A 28. de Agosto de 1692.

PARA nada es bueno quien solo es bueno para sí. Máxima, que si la publican cierta repetidas experiencias en lo político, mejor nos lo ase-

Pp

gu-